

EL CORREO de ANDALUCIA

Numero Literario

SEVILLA: LUNES 24 DE DICIEMBRE DE 1900. AÑO II. NÚM 73.

Mi almanaque

DICIEMBRE

Sol, sale 7'21.—Se pone, 4'38.

24

Lunes

La Vigilia de Navidad

El día en los altares.

Este día ha sido en todos tiempos un día privilegiado y célebre en toda la Iglesia; en muchas partes era día de fiesta, á lo menos después de medio día ó desde las primeras Vísperas. En adelante se ha contentado la Iglesia con prohibir en este

día todo negocio forense, y hacerle por la tarde fiesta de consejo,

La Iglesia empieza sus fiestas por las primeras Vísperas; que es decir desde la tarde ó después del medio día del día antecedente, que es la vigilia: y de aquí viene que las segundas Vísperas nunca son tan solemnes como las primeras.

Las que la Iglesia canta en esta tarde, como son el principio de la solemnidad de mañana, no nos inspiran menores sentimientos de devoción de gozo y confianza.

Rex pacificus, est cujus vultum desiderat universa terra.

El Rey pacífico esto es el Supremo Señor del universo, que viene á establecer la paz entre Dios y los hombres cuya venida esperan con una santa impaciencia todos los verdaderos hijos de Dios para ser librados del yugo del pecado: este Dios, este Salvador ha hecho ostentación de su grandeza en su nacimiento temporal.

Magnificatus est Rex pacificus super omnes

reges universae terrae: Este Rey cuyo nacimiento os parece tan oscuro, es más glorioso en este lugar vil y despreciable en que ha querido nacer que todos los monarcas del mundo en sus soberbios palacios.

En fin, para excitar á los fieles á que aviven sus votos, su piedad y sus ansias para que venga el Salvador del mundo, elama la Iglesia al acabar el oficio de este día: Levantad vuestras cabezas, mirad que se acerca vuestra redención.

El día del católico

Oh, Dios, que nos llenáis de gozo todos los años con la expectación de nuestra redención: haced que así como recibimos alegres á vuestro Hijo único, nuestro redentor Jesucristo cuando viene á redimirnos; así también le podamos ver seguros, y sin temor cuando venga á juzgarnos. El que siendo Dios vive... etcetera.

El día en la Historia

El 24 de Diciembre de 1812 es recibido triunfalmente en Cádiz lord Weligton,

El Consejo del día

Pedís y no recibís, y es porque pedís mal para satisfacer vuestras pasiones.

El día alegre

Un guardia de Orden público despierta á msdia noche, á cierto golfo que duerme en uno de los bancos del Prado.

—¿Qué hace usted aquí?—le pregunta.

—Estoy esperando a que abran el Banco de España.



CAMPAÑA ANTIMASÓNICA

Hecho auténtico

(Conclusión)

III

Hubo un momento de silencio: los dos masones, corridos de vergüenza, miraban al suelo sin atreverse á levantar la vista y menos dirigirla al intrépido sacerdote que hablaba con aquella entereza. Así hubieran permanecido largo rato, si el Padre F..., variando de tono, no dijera con voz algo más dulce que la empleada en lo anteriormente dicho:

—¡Válgame Dios! y qué pena me causa ver á ustedes metidos en secta tan infame!

—Se conoce, Padre, se atrevió á decir el más joven, que usted no ha leído nada de la masonería, á no ser en los libros que escriben los jesuitas, enemigos mortales nuestros y que saben desfigurar los hechos.

—Así debe ser, añadió su acompañante.

—Señores, paréceme casi imposible que, después de la escena que entre nosotros acaba de pasar, se atrevan á decir lo que ahora oigo. He leído de la masonería más de lo que ustedes, con seguridad, leyeron sobre la esclarecida Compañía de Jesús: y conozco los estatutos masónicos, sé sus «señajos», no ignoro las mil zarandajas de sus «tenidas», ni me es desconocido lo mucho malo que encierra y que ustedes, con ser masones, quizás ignoran, pues estará oculto á sus ojos.

—¿Qué puede haber oculto para mí, replicó el más joven, que me hallo investido del grado 33?

Con una sonora carcajada acogió el Sacerdote la réplica; carcajada que hizo palidecer á los visitantes,

Larga fué la controversia que entonces se suscitó y en su insano juicio llegó el joven locuaz, irreflexivo y ligero en extremo, hasta el punto de atreverse á querer catequizar al Sacerdote, que sereno y con severa tranquilidad hacía polvo cada una de las pretendidas razones de sus interlocutores, que se vieron reducidos al silencio sin tener palabras para proseguir.

Por fin se levantaron todos tres de su asiento y escuchamos al Padre que con frase templada y suma dulzura, decía al más joven de los visitantes, clavando en él una mirada que debió llegarle hasta el corazón:

—A pesar de todo, V. volverá al redil de donde en mal hora salió.

—Eso, jamás, balbuceó el aludido; no lo verá usted.

—Pues yo lo verá, replicó el Sacerdote; y no está por acaso muy lejano el día en que vea, ó sepa, que V. muere abrazando el crucifijo, arrepentido de veras.

—Jamás, volvió á repetir el joven.

—Pues, sí será, dijo el Padre Cura, que á la Virgen, sin mancilla, se lo habremos de pedir.

Una sonrisa sarcástica y punzante asomó á los labios de ambos masones y, estrechando la mano del Sacerdote, se despidieron.

IV

Al siguiente día el Párroco visitaba las escuelas de su feligresía y en todas pedía á los niños y niñas un Ave-Maria por la conversión de un pecador endurecido. En una de las escuelas de niñas oímos hablar con entusiasmo, esponiendo las alegrías que causa la conversión de un pecador, escuchamos la plegaria que con aquellas almas inocentes rezó, y al terminar la plegaria, llegó á nuestros oídos la voz del Pastor que decía:

—¿Se salvará esa alma por quien pedimos á María?

A esta pregunta siguió un grito del infantil auditorio que exclamaba:

—Sí, sí, sí.

.....

Apenas si pasaron dos años de los hechos que acabamos de referir.

Era un día hermoso y bello del mes de Mayo, consagrado á la Reina Celestial del año de 1888: la campana de la parroquia de X. sonaba majestuosamente, convidando á los fieles á reunirse en el templo para acompañar al Dios de inmensa bondad, oculto en el adorable Sacramento de los Altares, que iba á visitar á un enfermo. ¿Quién era? Un joven de 29 años que volvía á la casa paterna. Dios tocó su alma y la luz entró en ella de lleno y por completo. Habíase reconciliado con el Padre Celestial, abjurando en la secta masónica en la que militara con gran furor.

Después de hospedar en su pecho á Jesús Sacramentado, entró en la agonía; recibió con fervor la Extrema-Unción; oyó, con semblante sereno, la recomendación de su alma, y, repitiendo las jaculatorias que un Sacerdote decía, teniendo fuertemente asido la imagen del Crucificado, entregó plácidamente su alma al Criador estampando un beso en su imagen, último aliento que pudo mover sus fríos y cárdenos labios.

Era el masón joven que conocen nuestros lectores.

La gracia había triunfado y María, Madre de los pecadores, arrebatada un alma al demonio quizás movida por las oraciones de los ángeles de la tierra: los niños.

AMARO



La Navidad Imperial

(1811)

Es la víspera de Navidad del año 1811, y desde las diez de la noche Napoleón trabaja enteramente solo en su gabinete del palacio de las Tuillerías.

La amplia pieza está casi enteramente á oscu-

ras. Acá y allá en la sombra brillan vagamente algunos objetos dorados, el marco de un cuadro invisible, las dos cabezas de león que adornan los brazos de un sillón, una pesada borla de cortina. Las velas de cera de dos candelabros, bajo sus pantallas de metal, sólo iluminan la ancha mesa en que se amontonan atlas y gruesos registros, encuadernados en marroquí verde y timbrados con la N y la corona.

Hace cerca de dos horas que el Amo trabaja y que, sobre los mapas geográficos y sobre las listas de revistas de sus ejércitos inclina su frente formidable atravesada por un mechón negro, su frente preñada de pensamientos, pesada como el mundo cuya conquista medita.

El atlas abierto presenta un mapa de Asia; y la mano del Emperador—nerviosa, femenina, encantadora,—investiga lentamente con el índice, allá lejos, á través de Persia, un camino para el Indostán.

¡Sí, las Indias! ¿Por vía terrestre? ¿Y por qué nó? Puesto que su marina está vencida y destruída, el conquistador no tiene ya otro camino para ir, bajo las palmas de las selvas fabulosas, seguido de sus águilas cuyo oro brilla entre el acero de las bayonetas, á herir á la Inglaterra en su mismo corazón, es decir, en su imperio colonial, en su tesoro.

Poseedor de la grandeza de César y de Carlomagno, ambiciona también la de Alejandro. Se forja este sueño sin asombrarse. Ya conoce al Oriente; ha dejado en pos de sí una leyenda inmortal. El Nilo le vió un día, flaco general de largos cabellos, montado sobre un dromedario, en las riberas del Ganges, para el pesado Emperador de redingote gris, se necesitará el elefante de Porus. El sabe cómo se arrastra á los pueblos y cómo se les fanatiza. Allá lejos mandará soldados de rostro bronceado, de turbante con blancas muelinas; verá entreverados en su Estado mayor *rajahs* rutilantes de pedrerías; é interrogará respecto á su destino á los monstruosos ídolos que levantan sus diez brazos por sobre su mitra de diamantes, pues que en otro tiempo, en Egipto, la esfinge de granito de cara chata—delante de la cual soñaba con sus dos manos apoyadas sobre su sable corvo—no le ha revelado su secreto.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán del Asia! Hé ahí los dos únicos títulos que serán grabados en su mausoleo.

Un obstáculo: ¡la inmensa Rusia!

Pero ya que no ha podido fijar la flotante amistad de Alejandro, él lo vencerá. Y la pequeña mano del Emperador hojea ávidamente los gruesos volúmenes verdes, las listas que le manifiestan—con un hombre tal vez de deferencia—el efectivo del enorme ejército que se dirige hácia el Niemen. Sí, vencerá al autócrata del Norte y lo arrastrará—Zar vasallo, seguido de sus hordas de jinetes salvajes—á la conquista del Oriente.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán del Asia! La obra no es superior á su deseo y á su genio. Y cuando la haya fundado, no correrá el riesgo su prodigioso imperio de ser un día dividido entre sus tenientes, como lo fué el del Macedonio. Desde el

20 de Marzo Napoleón tiene un hijo, un heredero de su gloria y de su poder; y los labios del Emperador se dilatan en una bella sonrisa ante la idea del niño que duerme, tan cerca de él, en el palacio silencioso.

Pero de repente endereza la cabeza con un movimiento de sorpresa. ¿De dónde viene ese extraño y profundo murmullo que penetra en el gabinete tan herméticamente cerrado y cuyas gruesas cortinas están caídas? Parece que las grandes abejas de oro, bordadas sobre la seda de las colgaduras, se ponen todas á zumbar. El emperador escucha con más atención, y hé ahí que en ese rumor distingue las vibraciones del bronce.

«¡Ah! sí... Navidad... La Misa de media noche.»

Son efectivamente las campanas de todas las iglesias de París celebrando el nacimiento de Jesús; esas campanas que no hace mucho tiempo Bonaparte restableció en las torres y en los campanarios, cuando, Cónsul pacificador, reconciliaba en Francia á tantos hermanos enemigos.

¡Cuántas veces han sido sacudidas en homenaje suyo, con motivo de gloriosos *Te Deum!* ¡Y cómo se las echaba una vez más á todo vuelo—hace apenas pocos meses—el día en que nació el rey de Roma; fecha memorable en la que el cielo, concediendo un hijo al héroe, parecía encontrarse en connivencia con él, reconocer la legitimidad de su obra y prometerle su duración!

En ese momento, sin embargo, tan alegres, tan triunfales como por Austerlitz ó por Wagram, ellas vibran, en la noche fría y clara, por el Niño humilde, por el Hijo del carpintero nacido sobre la paja de un establo—hace de ello muchísimo tiempo—mientras voces misteriosas clamaban en los espacios del firmamento estrellado: «Gloria á Dios y paz en la tierra!»

El Emperador escucha las campanas de Navidad. Sueña; trae á la memoria su infancia oscura y salvaje, la misa de media noche de su tío el arcediano de la catedral de Ajaccio, la vuelta de la numerosa familia á la vieja morada, testigo de tanta pobreza con fiera soportada, y la belleza de matrona de su madre presidiendo la frugal cena en que se comía castañas. Su hijo, su propio hijo, el hijo del Emperador victorioso y de la Archiduquesa de Austria, no conocerá esas miserias, será dueño del mundo.

A fuera, en la noche glacial, las campanas suenan siempre por Navidad.

En las puertas de las Tullerías, el veterano de gorra de pelo, que furioso marcha á largos pasos delante de su garita para calentarse los piés, recuerda tal vez en ese momento una plegaria ó un cántico que años há aprendió de memoria en la aldea, sobre las rodillas de su madre, y se sonríe con ternura, bajo su áspero bigote, ante la idea del Niño Jesús en su pesebre. En cuanto al Emperador, no escucha el piadoso llamamiento de las campanas; no piensa sino en su hijo, y repentinamente le acomete un irresistible deseo de verle.

Se levanta; llama con las manos. Inmediatamente se abre una puerta oculta en la tapicería. Aparece Roustán. A una señal del amo, toma uno

de los candelabros; y el Emperador, alumbrado por el fiel mameluco á través de los corredores desiertos, va en derechura al aposento del pequeño rey, en él penetra, despide con un gesto á la nodriza y á las mujeres despertadas bruscamente, y permanece de pie, inmóvil, ante la cuna del recién nacido.

El Rey de Roma está profundamente dormido. En la blancura de la ropa de cama y de los encajes atravesados por el gran cordón de la Legión de honor, el rostro delicioso de ojos cerrados, casi hundido en la almohada, y una de las manos, pequeña, regordita, sonrosada, que descansa sobre el cobertor, forman dos lunares de carne infantil; y sobre este candor, sobre esta pureza, sobre esta inocencia que un niño en la cuna representa, al ancha cinta de moaré escarlata pasa como un arroyo de sangre, como el río de sangre que va á derramarse, con la esperanza de que esta cabeza todavía tan débil soporte un día la más pesada de las coronas y de que esta manecita, ahora delicada y bella como una flor, abarque más tarde todo un manojo de cetos.

Napoleón contempla á su hijo. Piensa—y jamás el orgullo humano acarició más deliciosamente un corazón—que los grandes dignatarios de su Corte, que sus generales más ilustres, que los héroes de Homero, que sus ministros y sus senadores recamados de oro se inclinan ante esa cuna con un temblor de respeto, y que los mismos Jacobinos renegados, los viejos regicidas que visten ahora la librea imperial, osarían apenas ambicionar el favor de besar esta mano infantil.

El Emperador sueña, y en el confuso rumor de las campanas que llaman para la Misa de media noche, cree oír la marcha candenciosa de las tropas y el rodar de los arcones, allá lejos sobre los caminos helados de la Alemania y de la Polonia. Embriagado en la ambición paterna, piensa más que nunca en el gran ejército y en la conquista de la Rusia y de las Indias; y se promete dejar á su heredero todos los tronos del Viejo Mundo. Le ha dado ya la ciudad de San Pedro para chupón; y el recién nacido tendrá bien pronto, entre sus juguetes, otras ciudades santas.

¡Emir de la Meca! ¡Rajah de Benarés! Esos son títulos dignos del Rey de Roma!

¡Ah! ¿por qué las mujeres de Francia no son más fecundas? por qué no tiene á sus órdenes el invencible Capitán, un millón, dos millones de soldados? ¡El universo entero, el globo del mundo es lo que él podría dentro de esa manecita!

Sueña, sordo á la voz de las santas campanas, sin un pensamiento dirigido á Aquél que reina en los cielos y que mira á los más poderosos imperios como hormigueros. Sueña, sin ver en el porvenir á su inmenso ejército sepultado en las nieves de la Beresina, sin ver al último trofeo de sus águilas segado por la metralla inglesa con el batallón sagrado de Waterloo, sin ver en medio del Océano la roca en que le esperan las torturas de Prometeo, sin ver sobre todo, en el parque de Schoebrünn, bajo un cielo de otoño, á ese joven pulido y triste, con la placa de una Orden austriaca sobre su uni-

forme blanco, que tose al andar sobre las hojas secas.

Y mientras el Emperador prosigue su monstruosa quimera, imagina el reinado de su hijo y de los sucesores de su hijo sobre todo el universo, y se supone en fin á sí mismo, á Napoleón, convertido, en las profundidades de los tiempos y de la leyenda, en un mito fabuloso, en un nuevo Marte, en un dios solar triunfante en el centro del Zodiaco de sus doce Mariscales..., las campanas vibran siempre alegremente, triunfalmente, á todo vuelo, en homenaje al pobre Niñito nacido en Belén, que ha conquistado verdaderamente el mundo, hace ya mil novecientos años, no con sangre y victorias, sino con el verbo de paz y de amor, y que reinará sobre las almas por los siglos de los siglos.

FRANCISCO COPÉE.



GRANOS DE ORO

DE LA VENIDA DEL MESÍAS

Aparejó el Señor su brazo santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra, dice Isaías... Mas ¿prometió alguna vez á su pueblo que les enviaría su brazo y fortaleza para darles victoria de algún enemigo suyo y para ponerlos sólo en libertad, sino también para mando y señorío glorioso? Y ¿dijoles en alguna parte que había de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo capitán que vencería por fuerza de armas sus enemigos y extendería por toda la tierra sus esclarecidas victorias y que sujetaría á su imperio las gentes? Sin duda así lo dijo y prometió. Y ¿prometióselo, por ventura, en un solo lugar ó una vez sola, y ese acaso y hablando de otro propósito? No, sino en muchos lugares y de principal intento, y con palabras muy encarecidas y hermosas...

¿Qué profeta hay que no celebre cantando en diversos lugares este Capitán y esta victoria? Así es verdad, mas también los asirios y los babilonios fueron hombres señalados en victorias, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron á su imperio á todo ó á la parte del mundo... Pero ¿esta grandeza de victorias é imperio de Dios se la dió á los que he dicho, y ellos por sí y por sus fuerzas puras sin orden ni ayuda de El la alzaron? Fuera está eso de toda duda acerca de todos los que conocen y confiesan la providencia de Dios que dice: «Por Mi reinan los reyes»

Mas todavía... Gran donaire, ó por mejor decir ceguedad lastimera es creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y en banderas y en el estruendo de los tambores, en castillos cercados y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre y en el asalto, y en cautiverio de inocentes; y creer que el brazo de Dios, extendido y cercado de fortaleza invencible que Dios prometió en sus Letras y de quien El

tanto se aprecia, era un descendiente de David, Capitán esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada y llevando consigo innumerables soldados, había de matar á cuchillos las gentes, y desplegar por la tierra sus victoriosas banderas. Otro es su brazo y otra su fortaleza, muy diferente y muy más aventajada de lo que pensáis...

¿Cómo pedís cosas de esta vida mortal y que cada día las vemos en otros, y que comprendemos lo que valen y son, pues dice Dios que el bien de su promesa y la cualidad y grandeza de ella, ni el ojo la vió, ni llegó jamás á los oídos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre? Vencer nnas gentes á otras bien sabemos lo que es: el valor de las armas cada día lo vemos; no hay cosa que más entienda ni más desee la carne que la riqueza y el señorío. No promete Dios esto, pues lo que promete excede á todo nuestro deseo y sentido: hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne: morir Dios en la humanidad que tomó para dar vida á los suyos, eso vence al sentido: muriendo un hombre, al demonio que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavo de ellos, ¿quién nunca lo oyó? Los que servían al infierno, convertirlos en criados del cielo, en hijos de Dios; y finalmente hermohear con justicia las almas, desarraigando de ellas mil males siniestros, y hechas todas luz y justicia: á ellas y á los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad ¿en qué deseo cupo jamás por más que alargase la rienda del deseo? Mas ¿en qué me detengo? El mismo Profeta nos pone abiertamente y sin ningún ropero ni v. lo el beneficio de Cristo, y su valentía y la cualidad de sus guerras, en el capítulo LXI, en donde introduce á Cristo que dice: «El Espíritu del Señor está sobre mí: á dar buena nueva á los mansos me envió...» Y para que no quedase duda alguna concluye: «Y serán llamados fuertes en justicia.» ¿Dónde están ahora los que engañándose á sí mismos se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?

FRAY LUIS DE LEÓN.



SECCIÓN CIENTÍFICA

APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LA FÍSICA TRASCENDENTAL

La materia

III

Aprehendidas por la actividad cognoscitiva de nuestros sentidos las realidades plásticas que llamamos *cuerpos*, y testificada por la experiencia psico-física la existencia de la materia, ponderable é imponderable, que la inducción racional nos hace conocer como inerte realidad que idéntica permanece en medio de las múltiples mutaciones que los seres corpóreos padecen en su naturaleza y modo de ser, aun no queda satisfecha nuestra natural curiosidad; todavía persiste en nosotros el anhelo de conocer *el principio- causa*, de la diver-

sidad substancial de los mismos, no obstante la unidad é identidad de la materia, y el deseo de saber cuál sea la raíz de sus diferentes operaciones y atributos

El *Mecanicismo* y el *Dinamismo*, ora divorciados y cada cual por opuesto camino, ora hermanos y abrazados en íntimo y amigable consorcio, han venido disputando la nada fácil resolución del problema relativo á la investigación de los *primeros elementos* ó *constitutivos esenciales* de los cuerpos al sistema Escolástico ó de la *materia prima* y la *forma substancial*, sistema que, desterrado, durante mucho tiempo, del campo de las ciencias positivas, camina en estos últimos años á un glorioso restablecimiento.

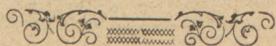
Hacer depender la naturaleza, las cualidades, los atributos, las diferencias específicas de los cuerpos, solamente de la *diversa manera de agruparse y de moverse los átomos químicos*, como pretende el *atomismo mecánico*; ó del *diferente modo de actuarse en esos mismos átomos las fuerzas fisico-químicas*, como presume el *atomismo dinámico*, es reducir las esencias de las cosas materiales á *relaciones puramente geométricas* (de cantidad y de posición), evidentemente accidentales, y, por consiguiente, de ningún valor en la producción de nuevas substancias. De aquí la necesidad de admitir, además de *átomos* y *fuerzas* que nada nos dicen de la esencial constitución de los cuerpos, la existencia en ellos de *dos elementos primordiales*, cuya íntima y *substancial unión* nos dé razón de la *actividad* y de la *inercia*; de la *divisibilidad* y de la *unidad*; de la *diversidad específica* y de la *identidad genérica*, propiedades de los seres corpóreos, que, por *contradictorias é irreductibles*, no se explican, si no se admiten, en todos y en cada uno de ellos, dos principios: *pasivo*, *inerte*, *extenso* y genéricamente *idéntico* el uno (MATERIA PRIMA); *activo*, *múltiple* y específicamente *diverso* el otro (FORMA SUBSTANCIAL). Negar *esos dos elementos*, que aunque *imperfectos é incompletos en sí mismos, se completan y perfeccionan mutuamente*, según la doctrina escolástica, *al unirse SUBSTANCIALMENTE para formar y constituir los cuerpos*; negar,—repito,—esos dos elementos, para atribuir la inextingible variedad de los seres corpóreos solamente á las moléculas y á los átomos; actuados, ó no, por la fuerza, es dar por resuelto lo que se disputa. «Las moléculas—(decíamos al tratar de la *definición de la fuerza*)—las moléculas tienen en sí toda la razón formal del cuerpo, simple ó mixto, substancialmente considerado » Afirmar, pues, que las moléculas son *constitutivos esenciales* de los cuerpos equivale á decir que una cosa puede ser *CONSTITUTIVO ESENCIAL* de sí misma, lo cual es incurrir en una ridícula *petición de principio* «Y respecto de los átomos, siendo simples los cuerpos, milita la misma razón que respecto de las moléculas, y siendo aquellos compuestos, aun cuando estén *actualmente* en los mismos, no están en *acto formal*, sino en *acto virtual*.» Más claro: póngase en el *voltámetro* agua destilada acidulada con sulfúrico; hágase pasar la corriente eléctrica, y, al hacer el análisis, *cualitativo* y *cuantitativo*, de los gases que, resultantes de la descomposición, han ocupado cada una de las probetas del aparato, hallaremos que, pues el ácido sulfúrico permanece, el agua es la que ha sido descompuesta en *hidrógeno* y en *oxígeno*, estando regulados *los volúmenes* de esos gases, según la ley de Gay-Lusac, por la fórmula empíri-

ca H_2O , sus pesos atómicos, según la ley de Avogadro, ligados por la relación $\frac{1}{8}$. Por el contrario, introdúzcanse en el endiómetro aquellos mismos gases, en las citadas proporciones, y al saltar la chispa eléctrica, combinados el oxígeno, que es *comburente*, y el hidrógeno, que es *combustible*, darán de sí y producirán *vapor acuoso*, que, no obstante ser las mismas la suma de los pesos y la de los volúmenes, ni es combustible ni comburente. ¿Es que el hidrógeno y el oxígeno se han *aniquilado* al verificarse la combinación química? No. Prosiguen y perseveran en el compuesto, según su nativa condición; pero, puesto que no conservan en el mismo, como quisieran los modernos, una *actualidad individual y propia*, no puede decirse que en el mixto están en *acto formal*. Luego están en *acto virtual*; esto es: «en cuanto que, convertidos en *materia prima* por la combinación química al entrar á constituir el mixto, queda, actuados por la *forma substancial*, henchida y satisfecha su actividad.» Un razonamiento semejante puede hacerse respecto de cualesquiera otras substancias.

Se nos hará quizá el cargo de que, saliéndonos, en este y en otros artículos, de los dominios de la Física, nos hemos internado en los de la Metafísica.

Es cierto. ¿A qué negarlo? Pero aparte de que, como indica el título de estos sencillos apuntes de vulgarización científica, no domina en ellos un método puramente *experimental y matemático*, sino el *ontológico* que presidir debe en el estudio de la *Filosofía natural ó positiva*, lo hemos hecho así, porque, á fuer de cristianos, y de cristianos católico-apostólico-romanos, al escribir para el público, á ello nos creemos obligados. Que existe en el día de hoy un sistema que, negando, por una parte, la *providencial ordenación de las causas segundas*, y poniendo, por otra, tanta atención á las nuevas que dá la experiencia, como poca á lo que la razón aconseja, atribuye la innumerable variedad de los fenómenos cósmicos sólo á modificaciones del movimiento, diversamente comunicado, recibido y transmitido, de los átomos, ponderables é imponderables. Ni faltan quienes, negando, arrastrados por fines nada rectos, los atributos y prerrogativas que constituyen el alma humana en su calidad de *espíritu*, se declaran sectarios del ya caduco y gastado materialismo; gritan desapoderadamente contra todo orden trascendental, contra lo suprasensible, contra Dios, y, fingiendo sofisticas contradicciones entre los descubrimientos modernos y los principios de la Filosofía Cristiana, claman, cegados por su insensatez que la Metafísica tiene que resignarse á vivir desterrada del campo de las ciencias naturales, y que, en breve, deificada la materia, habrá celebrado fúnebres exequias ante el túmulo mortuorio del ya fenecido espíritu. ¡Necios!.. ¡Canonízanse de insipientes, y mienten con su inconsecuencia el título de sabios y aun el de racionales de que tanto alardean!

JOSÉ M.^a LÓPEZ Y PÉREZ.



Reflexiones

El estudio del hombre es de los más importantes é instructivos que pueden hacerse.

Como síntesis breve, pero hermosísima, de su sabiduría, la Filosofía antigua dejó escritas en el templo de Delfos las siguientes palabras: *Conócete á ti mismo*.

Y, no obstante, el estudio del hombre es de los que están más olvidados.

Véanse hombres de entendimiento claro y de corazón bellísimo, los cuales derraman por calles y plazas, como dice nuestro inmortal Balmes, el aroma exquisito, que guardado en el fondo de su interior, podrá servirles de confortación y regalo.»

Y es que el hombre teme ponerse frente á frente de su conciencia, no se atreve á pensar en su grandeza; porque nobleza obliga, ni á meditar sobre sus pequeñeces y fragilidades, por no salir de su habitual somnolencia y flojedad.

Y siempre ha sucedido lo mismo.

Así se cuenta de Pascal que no encontrando con quien hablar de la Ciencia Matemática, que por entonces constituía su estudio, se dedicó á meditar sobre el hombre, para de este modo poder conversar con sus amigos de sus ocupaciones favoritas.

Y no encontró con quien hablar de ellas, pues eran menos los que meditaban sobre el hombre, que los aficionados á las Matemáticas.

Y en verdad; ¡cuántas cosas nos dá á conocer el estudio del hombre!

El hombre es grande: su grandeza es superior á la del mundo inorgánico; sobrepuja con mucho á la de los seres organizados y sensibles.

Pascal lo ha dicho en su acostumbrada profundidad. «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa.»

Por su pensamiento el hombre es más grande que todos los seres de la creación visible.

¿Véis todo ese hermoso Universo? ¿Observáis esas miríadas de astros que tachonan el firmamento? ¿Esos millares de pajarillos que lanzan al aire sus dulces y melodiosos trinos? ¿Esas cristalinas fuentes; esos arroyuelos que se deslizan suavemente por la llanura? ¿Notáis, en suma, todas las bellezas del mundo físico?

Pues todas ellas son como flores marchitas ante las grandezas del pensamiento.

Observad lo que sucede. Piensa el hombre, y su voluntad se despierta: piensa, y sus facultades obran, y sus energías se desenvuelven: piensa, y hoy surge un invento, y mañana otro, y otro, y mil, y tantos que la Naturaleza se doblega, se declara vencida, y cae de hinojos ante la voluntad, ó el capricho del hombre.

No hay nada más admirable que el pensamiento. Con él hay orden; percibís armonías; disfrutáis de bellezas sin cuento: sin él no hay más que tinieblas, oscuridad.

Poned un pensamiento infinito, Dios Nuestro Señor, existiendo ante todas las cosas: veréis á éstos obedecer á ese pensamiento; surgir de la nada, y formar un Universo tan ordenado, tan bello, que causa profunda admiración tanta armonía tanta magnificencia.

Suprimid ese pensamiento infinito, y os encontraréis sumergido en las más espesas tinieblas, en el más espantoso y horrible caos. El orden desaparece; falta la armonía; la belleza es una ilusión pasajera y falaz.

Suprimid el pensamiento en el hombre ¿qué os queda? Un ser pobre, mezquino: no tiene la fortaleza del león para atacar; carece de la agilidad del trigre para esquivar los golpes de un enemigo; le falta el instinto admirable de otros animales para atender á su conservación.

Dadle el pensamiento: con él el hombre vence al león; domestica el tigre; hace esclava suya la naturaleza.

El hombre, que tuvo necesidad un día de que una mano caritativa lo estrechase con efusión, le alargase un poco de pan, y le brindase una humilde celda para reposar, y no desfallecer y morir, es el mismo que con su potente genio cruzó el tenebroso mar, descubrió las Américas, plantó la Cruz del Redentor en lejanas playas, y lanzó la tierra en los espacios á saludar á sus hermanos los astros del firmamento.

Colón era el mendigo que, desnudo y hambriento, pedía hospitalidad en las puertas del Convento de la Rábida.

Al lado de la grandeza del pensamiento ¡cuánta pequeñez encierra el hombre!

No diremos aquí nada de lo corto de su vida, sombra que se desvanece, flor que pronto se marchita, astro que con rapidez llega á su ocaso.

No recordaremos las miserias é imperfecciones de su cuerpo, ya por sus múltiples y apremiantes necesidades, ya por sus defectos orgánicos, que tanto lo apartan del tipo perfecto del hombre.

Tampoco hablaremos de aquellos defectos y vicios, que afean, mancha y hasta llegan á borrar la hermosura de su alma, centella del cielo, destello de la divinidad, flor de las flores.

¡Qué pequeño es el hombre!: la menor cosa lo desconcierta, lo aturde, lo inutiliza.

Ved lo que sucede á los niños: rien, juegan, retozan.

De pronto, sin daros cuenta, sin saber por qué, los véis gemir, llorar, y en rápido *crecendo*, notáis que patean, que rabian.

Y ahora, decidme. ¿No hace otro tanto el adulto? ¿No hace otro tanto, quizá por una pequeña contradicción, el hombre más grave, más sesudo, y más serio?

Polifemo es un varón de edad provecta, de entendimiento claro, de juicio sosegado y maduro, de voluntad firme y recta. Sus años le han hecho adquirir un gran caudal de conocimientos y de experiencia y le han enseñado la caducidad y la nada de las cosas humanas.

Manda un día enganchar el coche y le contestan que lo ha utilizado la familia para hacer unas visitas. ¡Cosa notable! Esta pequeña contrariedad lo descompone, lo irrita, y, hasta contra su costumbre, se le oye decir que él es el único dueña de su casa, que él es el único que puede ordenar y disponer.

Sí, el hombre es muy pequeño: es niño hasta su vejez. Ciertamente que ante la sociedad se presente con toda la seriedad de que él es capaz, pero en su interior se avergüenza, y no pocas veces, de sus puerilidades.

Argyre, dice la Bruyère, se quita su guante, para mostrar la belleza de su mano, y no se desdén de descubrir el zapatito que la calza, y que dá á conocer lo diminuto de su pie: ríe lo mismo cuando oye cosas festivas, que cuando le hablan en serio, con tal de hacer ver su hermosa dentadura. ¡Cuánta pequeñez!

Así no será difícil que topéis en el trato social con hombres, que no tienen reparo en confesar algunas de sus debilidades y defectos, ya porque entienden que así los encubren, ya porque de su confesión se deduce que existen en ellos perfecciones de más subido precio, de más alta estima, que aquellas de que no niegan encontrarse privados. Y no sería raro encontrar algunos que hacen de la virtud pábulo de su exagerado amor propio.

Arítipo, decía Sócrates á cierto filósofo griego, *veo tu orgullo por entre los agujeros de tu capa rota.*

La religión católica, única verdadera, al prescribirnos una vida moral íntima, al enseñarnos á reflexionar sobre nuestras más secretas inclinaciones, al ordenarnos que seamos tan buenos en nuestro interior, como en nuestras relaciones exteriores queremos aparecer, ha hecho un gran beneficio á la humanidad y ha mostrado que su Divino Fundador, Jesucristo Nuestro Señor, conoce profundamente los más elevados principios de la más sana filosofía y los más recónditos pliegues del corazón humano.

Así nos dán lástima los que atacan esta bendita religión; religión tan buena, tan elevada, tan profunda, que, como venida del cielo, y traído para los hombres, se enlaza por ocultos y misteriosos senderos con todo lo que hay de profundo, de grande, de sublime, de bello, de tierno y de agradable en el cielo y en la tierra.

COPÉRNICO.



VARIEDADES

Cuatro cosas

Cuatro cosas conviene á todo el que reina: gobernar paternalmente á sus súbditos, granjearse amigos con sus merecimientos, mostrarse bueno y afable con todo el que solicita y administrar justicia con clemencia.

Cuatro cosas debe observar el jefe de una familia: inspirarla un temor reverencial, sostenerla según sus medios, enseñarla el arreglo de las costumbres y mostrarse en todo afable y cariñoso.

Cuatro cosas debe observar un enfermo: obedecer al médico ó al que le asiste, no rehusar gastar lo necesario, tener confianza en su médico y no destruir sus fuerzas con la ociosidad.

Cuatro cosas conviene á todo el que oye: escuchar con paciencia al que habla, meditar en lo que ha oído, enseñar lo bueno que oiga y olvidar lo que no merezca saberse.

(SANTO TOMÁS DE AQUINO).



SECCION DE NOTICIAS

Religiosas

Liturgia.—El Oficio y Misa son de la vigilia de la Natividad de Ntro. S. Jesucristo rito doble Color morado.

Cultos.—Continúan las misas de Espectación en San Isidoro, á las ocho y media; en San Martín y San Alberto á las nueve; en San Andrés á las diez; en San Leandro á las once; en San Juan de Dios á las doce, y en éstas y otras Iglesias por la tarde los ejercicios de las Jornadas.

A Ntra. Sra. del Reposo.—A las 11 de la mañana empieza una novena rezada en la capilla Real.

Jubileo circular—Se gana en las RR. del Socorro.

*
**

Hoy es día de ayuno con abstinencia de carne.

Locales

Ayer á las 3 en la Iglesia de la Sma. Trinidad á cargo de los RR. Salesianos, recibió el santo Sacramento del Bautismo de manos de nuestro Excmo. Prelado un joven hebreo, siendo apadrinado por el superior de los Salesianos Sr. D. Pedro Ricaldone y la señora doña María Manjón viuda de Salinas, á cuya caridad se debe el que fuese aquel recogido y educado en las escuelas Salesianas.

Al acto asistieron un gran número de cooperadores é invitados.

(Un aviso al *Porvenir*.)

No es cierto que el joven hebreo ingresara hace tres meses en la *orden* salesiana, pues la primera condición para ello es estar bautizado.

(OTRO.)

El Sr. Morales es capellán, no secretario del Excmo. Sr. Arzobispo.

(OTRO.)

Al acto no asistió el Sr. Alvarez Troya, sino el señor don José Caro.

(OTRO.)

Durante el convite, la banda de los salesianos no «ejecutó las piezas más escogidas de su repertorio;» estuvo muy callada.

Temperatura media á la sombra, 14'2 centígrados; máxima, 17'6; mínima, 10'8: máxima al sol, 16'8. Presión barométrica: A las 9 de la mañana, 762'4 milímetros; á las tres de la tarde 760'2.

Agua caída en milímetros, 0'0

Ayer riñeron en calle Guadiana, dos esposos, recibiendo ambos curación de varias contusiones y arañazos en la casa de socorro de la calle de Jesús del Gran Poder.

En el salón de sesiones de la Diputación Provincial, de esta presididos por el Sr. Benjumea Cardeña se reunieron ayer los compromisarios nombrados por los ayuntamientos de esta provincia.

Seguidamente se procedió á la elección votando 14 diputados provinciales y 127 compromisarios, resultando elegido senador por 137 votos, D. José M^a Hoyos y Hurtado, conde de Valdeinfantas.

Terminada la elección, los individuos que componían la mesa, el gobernador civil, el alcalde presidente y muchos de los que intervinieron en la elección fueron á almorzar al hotel de Madrid, invitados por el nuevo senador.

Ayer se han distribuido en la escuela de adultas que dirige y sostiene el Inspector de primera enseñanza y su familia, á cuyos señores se han agregado como instructoras distinguidas señoritas.

Los premios de Pascuas han consistido en faldas delanteras y preciosos pañuelos, á cuya adquisición ha ayudado el celoso cura de Omnium Sanctorum, que dirigió á las alumnas una interesante plática, que fué escuchada con la mayor atención.

Aun continua en el mismo estado, el asunto municipal que tanto ha dado que decir en los círculos políticos de Sevilla, sin que á la hora que escribimos estas líneas,

hayamos podido averiguar si se ha dado alguna solución al asunto.

Muchos pretenden, de que el asunto no alcanza la importancia que se le ha dado y que la cosa debe quedar así, sin que pueda llegar á darse por su causa una «campanada» de esas, que como suele decirse, forman época en la política de los pueblos «pequeños,» como le pasa á Sevilla, que para eso de hacer política resulta pequeña.

El alcalde estuvo todo el día de ayer en su despacho de la Alcaldía en donde le visitaron muchos de sus amigos y casi todos los concejales que aun le son fieles.

El correo de Madrid llegó ayer con dos horas y media de retraso, á causa del excesivo número de encargos y mercancías que venía conduciendo, á más del mal estado del material del mismo.

El veterinario municipal don Antonio Palacios, ha dado cuenta al alcalde de haber ordenado la cremación de un cerdo en la matanza de ayer, por resultar afectado de tuberculosis pulmonar en su segundo y último período.

El número de reses sacrificadas en el Perneo asciende á 131.

Por los puntos designados entraron muchas arrobas de embutidos.

También fueron quemados en el Perneo 84 kilogramos de carne de cerdo, procedentes de detenciones hechas en los fielatos de esta capital y que por no haber sido reconocidas á tiempo por los veterinarios, se encontraban en estado de putrefacción.

Telegráficas

Lo recaudado

Madrid 23, 12 n.

El diario oficial, ha publicado el importe general de todo lo que se ha recaudado en España, durante los once meses anteriores del año 1900, por todos los conceptos que el Estado cobra.

El total de la recaudación asciende á ptas 870.266035

En igual período de tiempo del año anterior sólo se elevó á la suma de 852 825.342.

El importe total de los pagos efectuados este año suma 773 907.784 pesetas, y en los once mismos meses del año anterior subió esa cantidad á 834.299 946.

Los efectos del gordo

Madrid 23, 12'15 n.

Telegrafían de Alicante, dando cuenta detallada del regocijo general que reina en Villajollosa, pueblo de aquella provincia con motivo de haber tocado allí el premio gordo de Pascua.

La noche de ayer, la pasaron casi todos los vecinos del afortunado pueblo, en vela, festejando el acontecimiento.

El mensaje á la Reina

Madrid 23, 12'30 n.

Se ha verificado el acto de entregar á la reina la contestación al Mensaje de la boda de la Princesa.

La regente recibió á las comisiones de ambas Cámaras encargadas de ello, en el Salón del Trono, del palacio de Oriente.

Asistieron á la ceremonia, la regente, el rey, la condesa de Sástago, la duquesa de Santo-Mauro, yendo todos los ministros de uniforme.

El conde de Tejada de Valdoseras, por el Senado, y el Sr. Villaverde por el Congreso, fueron los encargados de leer los aludidos documentos.

Terminado el acto, conversó la reina familiarmente con los ministros, senadores y diputados que formaban las referidas comisiones.

En calma

Madrid 23, 12'35 n.

Durante todo el día, hase notado verdadera calma en la marcha de la política madrileña.

SEVILLA.—Imprenta de «El Correo de Andalucía.»

NÚMERO SUELTO 10 CTS.